

# El coche comedor

Por Roberto A. MONTANDON

A toda máquina, el expreso del sur se traga los mil kilómetros que separan a Santiago de Puerto Montt. En su asiento del coche dormitorio, encuentro a Pedro malhumorado.

—Pues, ¿qué te pasa, amigo caro? Lo caro y malo es el coche comedor, fué la respuesta pronta e incisiva.

Bueno, supongamos que respete tu opinión, pero vale la pena analizar un poco el asunto. Traemos así sobre el tapete un tema original de discusión que no es ni sabihondo, ni profundo como tampoco escabroso; es un tema digestivo; es lo que en este momento tú necesitas.

Todo el mundo sabe lo que es un coche comedor y la función que llena, pero son pocos los que conocen su organización y los múltiples factores que complican la marcha de su servicio.

El carro comedor es un restaurante rodante, cuya estabilidad está subordinada a los azares del riel; el garzón de ese restaurante es un acróbata que debe trabajar rápida-

mente y mantener su equilibrio a lo largo de un angosto pasadizo. Al tercer turno su resistencia física empieza a bajar; al cuarto turno ese hombre que ha atendido ya a doscientos cubiertos, o sea ochocientos platos, tiene el sistema nervioso alterado y al quinto turno es un autómatas a quien el más sabroso de los chascarros no arrancarí a una sonrisa.

Allí tienes, mi querido Pedro, un interesante aunque elemental tema de psicología; los efectos o la influencia de un trabajo determinado en relación con el aparato nervioso y las reacciones del individuo y, por supuesto, el cliente no se detiene en analizar las causas que traen un gesto algo brusco, agravado a menudo por el caprichoso y cómplice vaivén del tren; el cliente exige una atención solícita y modales suaves; tiene razón, pero es justo también que atiendan a las circunstancias atenuantes.

Terminado el quinto turno, el garzón espera que los más trasnochadores apuren sus úl-

timos consumos y, rendido, tiende su colchoneta sobre las sillas que le sirven de somier. A las siete de la mañana siguiente alista el comedor para el desayuno. Es un nuevo día que comienza.

¿Acaso no tiene descanso? Sí, lo tiene, pero es un trabajo que tiene la particularidad de agotar al personal luego de haberlo empezado y habrás tenido ocasión de advertir su ritmo trepidante y a veces alocado. Un poco de comprensión aliviaría la tarea de esos hombres.

Concedido; el espacio reducido, la forzosa limitación del personal, los vaivenes, los ochenta clientes que impacientes esperan su turno; en fin de cuentas, todas las condiciones adversas a un servicio calmado, reposado, pero... ¿qué me dices de la comida?

Allá voy, y tu observación me recuerda el caso de ese cliente que vociferaba en un restaurante de moda por el mal estado y gusto de unos hígados de ave; el garzón se llevó el plato a la cocina y volvió a traer a la mesa...

## EL DOLOR DE LOS HIJOS

Talete, uno de los siete sabios de la Grecia antigua, confesó a su amigo Solón que él no se casaba por no tener hijos. Solón, que no compartía este parecer, le reprochó a Talete su conducta. Entonces éste, para poner a prueba al otro sabio, mandó un día a un mensajero a casa de Solón a darle la falsa noticia de la muerte de su hijo. Cuando Solón se hallaba sumido en su más grande dolor, llegó junto a él Talete y le dijo:

—Y ahora, ¿seguirás proclamando la dulzura de tener hijos?

el mismo plato; por supuesto el cliente los encontró deliciosos; su vanidad estaba satisfecha. En los restaurantes, no falta nunca un gritón.

Las ideas preconcebidas, el afán de criticar, la sugestión colectiva, operan siempre del mismo modo y en la misma dirección en la naturaleza humana, y en los coches comedores, donde se come ni mejor ni peor que en un restaurante de tierra firme, se ha generalizado la creencia de que se come mal, tal vez porque se come apurado. Sería, en este sentido, oportuno apuntar que debido a la trepidación del tren es imposible, por ejemplo, preparar un buen café que, de la bolsa, debe pasar gota a gota. Tampoco se pueden preparar platos especiales que necesitan fuego lento, en una cocina pequeña que apenas da abasto a la entrega rápida de un menú corriente.

En un coche comedor, todas las faenas de la cocina se desarrollan en un espacio de 2,50 mts. por 1,80 mt. o sea, el equivalente de una sala de baño. Allí, mediante un prodigio de distribución, se ha logrado ubicar la cocina, la despensa y el puesto de control. Es allí donde una dueña de casa se sentiría desdichada que, en época de verano, con calor afuera y calor adentro, se prepara un promedio de



Interior de un coche comedor de los Ferrocarriles del Estado.

ciento ochenta cubiertos, o sea unos 700 platos de comida. Tal vez este conocimiento de la situación permita sacar conclusiones benévolas y traer las cosas a su verdadera proporción, huelga decir a su verdadera dimensión: 4 metros cuadrados.

Y para cerrar nuestro tema, te daré una información que acabo de leer en la revista norteamericana "Life". En Estados Unidos y para mantener el mismo nivel de la comida en los coches restaurantes, las Compañías de Ferrocarriles pierden un promedio de treinta y cuatro centavos americanos por comida y por persona y esto en relación con la curva ascendente del costo de la vida. O sea que para mantener el tipo de comida y los precios que se cobraban has-

ta hace un año, las Empresas se desprenden de \$ 11,20, moneda chilena por persona en beneficio del público.

Sospecho, con cierta razón, que esta fórmula no encuentra aquí aplicación y que forzosamente el concesionario debe someter sus precios a la tiranía del costo de la vida, exactamente como lo hace cualquier restaurante aquí en Chile y fuera de Chile. En resumen, pagamos un precio normal para una comida normal.

El tren con sus ventanas iluminadas, pasa como un largo meteoro de vuelo rasante a través de la campiña del valle central. Son las diez de la noche y por el pasillo avanza una voz que canta: el tercer turno está listo, señores . . .

R. A. M.

## LA VANIDAD

Tristán Bernard y Renard conversaban cierta vez sobre la vanidad, y refiriéndose a este defecto muy común en los artistas, el segundo, que era vanidoso y lo reconocía, dijo:

—La vanidad de un artista, cuando es sincera, tiene algo de simpático y debiera ser apreciada como una virtud, siquiera sea porque ella forma su debilidad.

A lo que Tristán Bernard observó:

—Sí, pero la vanidad no es más que una enfermedad de la piel. No es una enfermedad orgánica. Basta rascarse un poco con gusto, y pasa.